

de la realidad, es algo que ha nacido en mentes concretas, insertas en una circunstancia intransferible e histórica, pero la validez ostenta un carácter de generalidad”<sup>17</sup>. Con esto está diciendo que una filosofía americana, vista desde el ángulo de los principios en que se funda, no es posible dentro de los límites estrechos de la circunstancia americana, sino justamente dentro de la amplia perspectiva de aquellos principios universales y necesarios. Es decir, dentro de las categorías axiológico-culturales. Pues la filosofía, según Larroyo, es una reflexión sobre los valores culturales, indaga su esencia universal y la forma en que se realizan en la cultura de épocas y lugares. Por tanto, una filosofía americana será posible, desde esta perspectiva, en la medida en que pensadores americanos descubran filosofemas de alcance universal que constituyan una “contribución” de Iberoamérica a la filosofía universal. ¿Ha contribuido América en alguna forma en la ampliación y profundización de los valores culturales?. He aquí la pregunta a que Larroyo busca una respuesta.

Partiendo del concepto de la filosofía que la define como aquella reflexión por excelencia que “trata de explicar en su hondura los productos de la obra humana: ciencia y arte, existencia religiosa y vida moral y política”<sup>18</sup>. Larroyo se da a la tarea de examinar, de enjuiciar, la existencia compleja de Hispanoamérica en términos de cultura. De qué naturaleza sea, qué tipos de rendimientos ofrezca la cultura americana, éstas son cuestiones a las que no es lícito responder sin una previa certificación de los sucesos culturales ocurridos en América a través de su historia. Sin contar con esta previa certificación toda interpretación acerca del ser de América se antoja a Larroyo una pura construcción subjetiva e ilusoria. De aquí que un enjuiciamiento sobre el sentido y el valor de América deba ser precedido por un conocimiento de sus eventos históricos a la luz de la historiografía, más aún, que es lo que verdaderamente hace Larroyo, de una “historia de la historiografía americana”. Sobre la base de estos sucesos históricos podrá desentrañarse el sentido y el valor de las

17. Op. Cit. Pág. 164.

18. Op. Cit. Pág. 59.

“formas culturales” del nuevo continente, “calibrar su rendimiento (sea positivo o negativo) dentro del curso universal de la cultura humana”.

Se trata de partir, según Larroyo, de los diversos tipos o formas de la cultura americana, de una “morfología de la cultura americana”, para elevarse desde aquí a una justa valoración de su existencia. Las categorías axiológicas: bueno y malo, bello y feo, verdadero y falso, útil e inútil, justo e injusto, constituyen aquí aquel “módulo” para enjuiciar la existencia histórica de la cultura americana. Se intenta ver cómo estas categorías axiológicas, universales y “eternas”, se han realizado en el contexto cambiante de la vida americana. Y este intento, que adentra en una consideración filosófica de la historia cultural de América, o lo que vale tanto, en una “filosofía de la historia americana”, despeja a la postre una posibilidad más para afirmar la existencia de una “filosofía americana”. En efecto, cabe hablar de esta filosofía en términos de una filosofía de la historia americana dentro de cuyos límites pueda descubrirse el sentido o el “ser de América” y su puesto en el curso milenario de la historia universal. Lo que constituya la “americanidad”, según lo precisa Larroyo, no puede buscarse en este ensimismado solar que es América. “América forma parte de la cultura occidental y la cultura occidental forma parte de América. Quimérico y frustráneo es el intento de definir lo americano en términos no occidentales. . . la americanidad es una parte de la universalidad”<sup>19</sup>. No podría ser de otra manera, si lo americano recién se alcanza a dibujar en el momento en que la mirada se aplica a descubrir cómo las categorías axiológicas, universales y eternas, se han realizado en la cultura americana. El propio Larroyo se da a la tarea de revelar los frutos de la cultura americana. Un punto, sin embargo, nos deja cavilosos. En el párrafo 10 de la tercera parte de esta obra postula Larroyo una posición filosófica que denomina “historismo crítico” o trascendental. Desde esta posición sistemática es que se ha dado cumplida solución al problema de la filosofía americana. Historismo, porque considera que la filosofía, si no ha de perder-

19. Op. Cit. Pág. 285.

se en vacías especulaciones, ha de ser consecuente con los datos concretos, históricos, que, como "bienes culturales", devienen en el tiempo. Crítico o trascendental, porque considera igualmente que una adecuada valoración de este factum histórico sólo es posible sobre la base de aquellos principios universales y eternos constituídos por las categorías axiológicas

¿Es este enfoque satisfactorio?. Preguntemos más de cerca, ¿quedan los valores intactos al *funcionar* en el plano de la historia como bienes culturales?. Estos, los valores, "no flotan en el aire, tan sólo se dan en los bienes culturales de cada pueblo y de cada época". Es Larroyo quien lo ha expresado. Pero si sólo se dan en los bienes culturales y éstos cambian con los tiempos y lugares ¿no *inhiere* cambiar, al menos de *sentido*, a los valores mismos? ¿y qué serían los valores si se les sustrajese a este cambio continuo de sentido? ¿cómo conciliar la tesis de que los valores son eternos, al margen del tiempo, con la tesis de que tan sólo se dan en los bienes históricos?. "La historia, dice Larroyo, es el vínculo entre lo eterno y lo temporal, entre valor y realidad"<sup>20</sup>. Más la historia insufla temporalidad a aquello que vincula. Parece, pues, hacer falta un mejor ajuste entre el "historismo" y el "criticismo". Resulta obvio, por cuanto a nosotros nos parece, que con esta observación quedan también comprometidos "los fundamentos *de jure* de la posibilidad de una filosofía americana".

## II

### *Una concepción fenomenológico-existencial de la filosofía americana*

5.—Por diversos caminos el pensador americano ha sido llevado a deslindar consistencia, significación y originalidad, de la filosofía americana. Vinculándose a esta difundida e ingente preocupación el venezolano Ernesto Mayz Vallenilla se pregunta de dónde viene que el americano de hoy se afane con tal solicitud por una cultura y una filosofía que sean

20. Op. Cit. Pág. 290.

tan peculiares, tan *originales*, como para erigirse en el signo elocuente de un "modo de existir" perfectamente individualizado dentro de la historia universal. Mayz Vallenilla no interroga directamente a la obra constituida del pensamiento americano con el propósito de examinar su perfil y posible significación, o en todo caso esta cuestión aparece a su mirada como una cuestión subsidiaria de un planteamiento aún más radical. Su pregunta se orienta a inquirir cuál sea la "raíz" de que se nutre aquel afán desbordante de originalidad que embarga hoy al americano. ¿Por qué el americano de hoy busca tan ardentemente ser original dentro del concierto de la Historia Universal?. No por indigencia o por una falta de potencia espiritual, o porque un complejo de inferioridad histórica haya impedido al americano hasta ahora ser original y hoy quiera "empezar a ser", piensa M. Vallenilla, sino porque por ser americanos nos está ya dada en nuestro ser una comprensión "original" de América. "Como americanos que somos nuestro "ser" tiene ya, en cada caso, una comprensión originaria de América en la que se halla implícito el sentido del ser "nuevo" —original— de este "Nuevo Mundo"<sup>21</sup>.

El americano *siente*, con un sentir de profundas y oscuras resonancias, que su ser y su mundo constituyen algo "originario", sin que acierte muchas veces a descifrar y llevar a clara conciencia en qué consiste lo nuevo u originario de su ser y de su mundo. ¿No sería de explicarse aquél afán de originalidad del hombre americano como expresión de un impulso que brota del *hontanar* de su existencia y que pugna por rebelar a la luz de un saber ontológico la "originariedad" que late en los oscuros estratos de una comprensión preontológica de su "ser" cabe un nuevo —original— mundo? Según lo ve M. Vallenilla esto es lo que acontece. Por lo tanto, no es que el hombre americano carezca de originalidad. Esta, por ser la de un hombre que vive ya cabe un mundo "nuevo", le es inherente de hecho. Sólo que, por ser también consustancial al ser del hombre americano la *búsqueda* autoesclarecedora

21. Ernesto Mayz Vallenilla. "El Problema de América". *Episteme*. Anuario de Filosofía. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1957. Pág. 473.